

Honor y gloria a la Santísima Trinidad

V. J. M. y J. S. S. C.

"Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les contribuyen al bien".

En estas palabras del Apóstol San Pablo en su carta a los romanos, tenemos, hermanas mías muy amadas, un tesoro muy grande de consuelo y un manantial fecundo de verdades consoladoras, que cuanto más se examinan y consideran, tanto más animan a las almas en su debilidad, excitan los corazones en su inacción, mueven las voluntades en su flaqueza y ensanchan los espíritus en su timidez, en su abatimiento y en su desolación.

Todas las cosas, dice, y dice muy bien el Santo Apóstol, contribuyen para el bien a los que aman a Dios sobre todas las cosas, porque este Señor hace que todo coopere al mayor adelantamiento en la virtud: cuando dice *'todas las cosas'*, no excluye ninguna, de manera que sean prósperas, sean adversas, sean dulces, sean amargas, sean satisfactorias, sean desagradables, todas, absolutamente todas, contribuyen para el bien.

Porque así como en lo corporal y material sucede que a una persona fuerte y de robusta complexión todos los alimentos, sean delicados o groseros, le sientan bien y le nutren indistintamente, le satisfacen igualmente, y aun agua sola que beba, se dice comúnmente que le engorda, así como el espíritu, robustecido con el amor de Dios, todo le contribuye para el bien; digámoslo así, todo le engorda espiritualmente y sin saber cómo; todo le sirve de aumento

de merecimientos delante del Señor; y para que no pensáramos que pudiera haber alguna cosa que no contribuyese para el bien, expresa el Apóstol San Pablo varias, asegurando que ninguna de ellas será poderosa por sí contra el alma afianzada en el amor de Dios.

Así dice: "Estoy cierto y seguro que ni el temor de la muerte, ni el amor de la vida, ni los ángeles malos, ni los príncipes de los demonios, ni las potestades infernales, ni los tormentos que nos hacen sufrir al presente, ni los que nos pueden pasar en lo venidero; ni la fuerza ni todo lo más terrible y funesto que pueda suceder a los hombres, aunque todo el mundo se revuelva de alto abajo, nos podrá apartar del amor de Dios, que es Jesucristo Señor nuestro".

Aquí tenemos significada, mis amadas hermanas, la grande y poderosa fuerza del amor de Dios; y como un alma que está afianzada en este amor y unida para con el Señor, se hace invencible, en cierto modo, a todo lo más terrible que pueda acontecer.

Fuerte es el amor, dice la Escritura Santa, como la muerte, porque así como no hay cosa que resista a la muerte, ni poder, ni fuerza, ni violencia, así tampoco hay cosa en el amor verdadero halle resistencia: todo lo allana, lo facilita, lo suaviza el amor.

De donde se conoce que para el alma en donde domina el amor de Dios, no hay cosa que la entorpezca, que la acobarde ni la amedrente. Tan poderoso es el amor de Dios, que todo lo vence y todo lo convierte en utilidad y provecho del alma que posee a Dios por amor.

Y por cuanto este amor es el fundamento de todos los bienes para el justo, no será fuera de propósito declarar en breve las condiciones que debe tener este amor, y por ellas conozca el alma el modo más cierto y seguro de amar a Dios con provecho y con la tranquilidad y sosiego de espíritu que indispensablemente acompañan a este amor.

Porque el amor de Dios es enteramente distinto y diverso en sus modos y en sus efectos, del amor mundano y carnal (no digo criminal), porque el amor carnal se alimenta siempre de inquietudes, zozobras, sospechas, temores, y sobresaltos; cuando el amor de Dios todo es paz, regocijo, tranquilidad, seguridad, esperanza cierta y contentamiento interno, que embelesa todas las facultades del alma en una dulzura inexplicable.

Bien pudiera bastar saber estos efectos para medir por ellos las cualidades que debe tener el amor de Dios y sacarlos en limpio, pero quiero buscar primero las condiciones que debe tener, para colegir por ellas, el conocimiento claro de los efectos que debe producir y con esto se quiten las dudas y ansiedades que pudieran ocurrir.

Dios me asista con su gracia, como lo espero, de su bondad, y vosotras hermanas más, disimulad lo imperfecto de mis razones; porque mal puede explicarse con acierto una hermana vuestra, la más atrasada en los caminos de la virtud, que ninguna de vosotras; pero un impulso, al que no me es fácil resistir, me hace tomar la pluma y dirigirme a vosotras, ansiosa de vuestro bien.

Muchas son, sin duda, las condiciones que debe tener el amor para decirse verdadero, porque debe ser firme,

constante, perfecto, desprendido, absoluto, único, avenible, condescendiente, sufrido, obediente y qué sé yo cuántas cosas más; pero para evitar confusión me contentaré con deciros, hermanas mías, que el amor de Dios nuestro Señor y nuestro bien, debe ser generoso y humilde; y es necesario no perder de vista que hablo del amor de Dios: del amor de un Dios que es nuestro único bien y fuera de él no hay otro ni puede haberlo.

1º Generoso. - Con decir que Dios es Señor nuestro absoluto y nuestro único y mayor bien, parece que bastaba para convencernos que nuestro amor, aunque débil y miserable y nunca correspondiente a lo que el Señor se merece, debe ser generoso, es decir, total absoluto, por consiguiente, desinteresado.

Examinemos el amor a Dios por la comparación del amor carnal (no digo criminal) y cual se experimenta entre los hombres, la cual comparación, aunque tan distante del objeto a que nos conduce, puede darnos alguna claridad, porque por las obras criadas, dice el Apóstol San Pablo, se conocen las cosas invisibles de Dios y aun su misma virtud y divinidad; y como las cosas materiales son para nosotros más perceptibles, nos pueden elevar más fácilmente al conocimiento de las espirituales y divinas.

Entre los hombres parece que su amor y cariño debe de ser total, de modo que no esté atenido a tiempos ni circunstancias, porque, si así es, nunca será verdadero afecto, sino sospechoso y fingido; y si el cariño se funda en sólo demostraciones, faltando éstas ya empieza a vacilar y decaer el cariño, hasta que poco a poco se va amortiguando.

Este no es amor verdadero, porque no fue total en su raíz, ni desinteresado, sino apegado a aquellas cosas exteriores. El amor generoso prescinde de todo esto, tiene su complacencia simplemente en amar y no se para en niñerías: ni la ausencia, ni la variación de circunstancias, ni los tiempos, nada de esto tiene cabida en un amor generoso.

Ahora bien, mis amadísimas hermanas, si el amor entre los hombres requiere esta generosidad, ¿deberá ser nuestro Dios de peor condición que los hombres? ¿deberemos amar al Señor con más limitaciones que los hombres se permiten en sus afectos? ¿Podrá ser nuestro amor de Dios inferior y menos generoso que el de los hombres? Grande, grandísima injuria haríamos al Señor. De tal manera recomendó su amor para con nosotros, dice San Pablo, que, siendo pecadores, esto es, enemigos suyos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo. ¿Qué dimos nosotros al Señor, o qué hicimos, para que en retorno nos amase Él, como nos ama? Luego, si nos amó sin recibir nada de nosotros, ¿no debemos amarle con doblada generosidad si nos fuera posible? Al llegar aquí, me parece oír a mis amadas hermanas que, con toda la efusión de su corazón dicen: "*Amamos a nuestro Dios con todo nuestro corazón*". Así lo creo, queridas mías, pero quiero que examinemos este amor.

La voluntad humana es demasiado interesada, y este carácter suyo se apega, sin saber cómo, a las cosas espirituales, en tales términos, que llega nuestra miseria a medir las unas por las otras.

Hay almas que engolosinadas por cierta clase de dulzura que experimentan, o se las figura experimentar en los actos de virtud, especialmente de piedad y de devoción, se aficionan a ella por sólo el gustillo que sacan; y cuando por motivos desconocidos a la criatura no perciben aquel placer, lo sienten, se entristecen, y el enemigo, que siempre está atento a procurar el daño que pueda, aumenta este disgusto y sentimiento, haciendo por su parte, que miren con cierta desconfianza y desapego aquello mismo a que se sentían tan inclinadas y aficionadas.

Estas almas dan a entender que estaban más contentas con aquellos placeres que recibían, que con Dios a quien servían; que estimaban más los regalos que al mismo que se los daba; que se inclinaban y buscaban a Dios en aquellos ejercicios, buscando las delicias de ellos y no a Dios.

¿Se podrá dar un trastorno mayor de ideas? ¿No es hacer una injuria y un desprecio al mismo Dios?

"Quien exige o pide a mi eterno Padre otro premio, y por él quiere servirle, aprecia más lo que quiere recibir, que al mismo de quien desea recibirlo. El premio de Dios, es Dios sólo; si deseas otro, si te propones otro, ya no es puro y desinteresado amor; te apartas de aquel fuego inmortal; te enfriarás, te corromperás".

Y a la verdad, la pureza de Dios exige que nuestro amor sea puro eternamente, y no lo será si nos mueve otro interés que Dios mismo; porque si hay este interesillo, faltando éste estamos expuestas a que se resfríe y desfallezca, lo cual

sería una pérdida lastimosa para nosotras y una injuria y desprecio para Dios.

El verdadero amor, dice San Bernardo, no toma fuerzas en la confianza, ni siente los daños de la desconfianza; es decir, no se aumentan puramente por lo que esperan, ni se mantienen por lo que dan, ni aminoran por no esperar que le den nada.

Luego, si nuestro amor a Dios es verdadero, no debe fundarse precisamente en los regalos que dé el Señor, sino sólo por ser Él quien es, y porque Él solo reúne los títulos todos y razones de ser amado; por manera que, aunque no hubiera cielo ni gloria que esperar, ni penas que temer, ni aunque no hubiera ni haya consolaciones que recibir, deberíamos y debemos amar a Dios con un amor absoluto y verdaderamente generoso.

Sólo resta examinar nuestro amor a Dios, bajo otro aspecto algo más subido. El amor espiritual, como formado en el espíritu, substancia nobilísima, debe ser por precisión mucho más noble y, si se quiere, más rápido, más impetuoso y más extremado que el amor carnal, en que tanta parte tiene la carne; y el motivo es que el modo de amar a Dios es amarle sin modo y sin medida.

Supuesto lo cual, puede tener sus aumentos de mucha consideración y que sus efectos no están en nuestra mano ni en nuestras facultades detenerlos ni reprimirlos. De lo que resulta que un alma penetrada altamente del amor de Dios, no podrá contener ciertos arrebatos y demasías, y éstos son los que cabalmente forman su desconsuelo interior, cuando carece de aquellas caricias espirituales con

que se enfervoriza cada vez más y más el espíritu y ardía el corazón: las ansias la consumen, los deseos la devoran, el desasosiego interior la destroza, y todo esto forma en su interior un género de abatimiento, y como si dijéramos estupor, por el que, abismadas las fuerzas intelectuales, parece que han perdido aquella actividad con que antes obraban; en todas ellas hallaban más placer y gusto, y como no encuentra éste, se acobardan las tales almas; les parece que no atinan a hacer las cosas como antes y que no saben hacerlas, y que tal vez irán extraviadas fuera del camino.

Todo esto es inexplicable, y aún las mismas almas que lo padecen, no hallan cómo poderlo explicar y se contentan con decir: "Como mi corazón no encuentra lo que ha perdido, nada le contenta".

A la manera que una madre, que con amor de madre ama a su hijo y éste se le ausenta, suele decir, como único desahogo de su oprimido corazón: "En no viendo yo a mi hijo, nada me sirve."

Aunque tenga por otro lado todas las satisfacciones imaginables, nada la contenta como no tenga a su hijo.

Esta me parece que es la comparación más aproximada que se puede poner; porque no hay duda, que no se conoce en la naturaleza, un amor más puro y verdadero que el de una madre para con su hijo, y esta comparación nos eleva al conocimiento del amor más tierno, puro o desinteresado que debemos a Dios.

Pero cuanto esta comparación tiene de expresiva, otro tanto tiene de poderosa para rebatir todos los argumentos y

razones que alegan las almas, cuando se consideran en el mayor exceso de su desolación interior.

Para cuyo conocimiento es de saber, que cuanto mayor es el amor a Dios, que inflama a las almas, tanto mayores son los estragos que en ella causa la desolación, porque cuanto más se ama, parece que se exige mayor correspondencia.

Pero este mismo exceso de amor (si es que bajo algún pretexto se puede decir el amor de Dios) es menester buscar y tenemos que encontrar precisamente el desengaño del error en que podamos incurrir y por consiguiente el consuelo de nuestra desolación interior.

Siguiendo, pues, la comparación de la madre que no ve a su hijo es constante que el dolor de tal madre, consiste en que ni ella ve a su hijo, ni éste ve a su madre; de modo que si ella supiera que su hijo la veía y era testigo de aquellos sus extremos interiores y exteriores que la excita su amor, ya en esto recibiría, si no todo el consuelo, a lo menos, mucha parte de él; porque podría decir: "Es verdad que yo no veo a mi hijo, pero él ve los ahogos que padezco por su amor, y en esto halla mi corazón un principio de la recompensa que demanda mi amor". "Así se explicaría sin duda, aquella madre, en medio de su desconsuelo; y así es necesario que por puro convencimiento de su corazón, se explique una alma cristiana respecto de su Dios".

Es indudable por los principios de nuestra fe católica que Dios está en todas partes, que donde quiera que nos hallemos y como quiera que nos encontremos, allí está Dios viendo lo que hacemos, oyendo lo que hablamos y decimos y penetrando, entendiendo y presenciando, hasta los más

interiores pensamientos, afectos, inclinaciones y suspiros de nuestro corazón, por manera que el Señor es el primer testigo de todas nuestras obras así exteriores como interiores. Y en tanto grado de bondad es verdad esto, que el apóstol San Pablo dijo claramente: "En Él vivimos y nos movemos y existimos."

Esta verdad conocía en toda su extensión el Santo Rey David cuando decía: "¿A dónde me escaparé de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera al Cielo, tú estás allí, si descendiere al infierno, estás presente. Si tomare alas y volare hasta las extremidades del mar, allí me guiará tu mano y me asistirá tu derecha".

No necesito explicar lo que las palabras solas están por sí manifestando claramente; y son tantos los testimonios que se pudieran citar tomados de la Escritura Sagrada, que sería molesto referirlos; de lo cual saca el alma cristiana la verdad incontrastable, de que Dios todo lo ve, todo lo entiende y penetra.

Esto supuesto, pregunto, hermanas mías, por muy grande que sea el desconsuelo interior de una alma que se ve privada de los consuelos que acompañan a la virtud (aunque ellos sean la virtud); ¿podrá decir en sentido cristiano, que Dios no la ve, que Dios no lo presencia y entiende? No, por cierto, como dice el apóstol San Pablo, que el Señor escudriña las intenciones del corazón. ¿Podrá decirse que Dios se ha ausentado y que la ha abandonado?

Mucho menos, porque está en todas partes y no hay criatura invisible a sus ojos.

Por muy grande que sea el amor que tenga a Dios, y grandes los deseos de amarle; ¿podrá decirse que son desconocidos al Señor? No, por cierto, porque Dios es espíritu y como tal, pesa y examina los espíritus, dice la Escritura Santa.

La misma aflicción y desolación interior, ¿no está patente y manifiesta al Señor? Luego, ¿en qué está fundada la queja y lamento del alma desolada? Yo por mi parte no la encuentro, porque por cualquier lado que nos echemos y cuantas razones pudiera discurrir un alma muy abrasada en el amor de Dios que dice como dijo en otro tiempo a Abrahám: *"No tienes que temer, yo soy tu defensor y tu amparo; yo soy tu recompensa en manera grande"*.

¿Que tendrá, pues, que temer un alma tan fortalecida con estas verdades tan claras, tan indudables y tan consoladoras? ¿Qué satisfacción tan indecible no debe recibir?! Qué ensanche y desahogo inexplicable no debe recibir, cuando con entera certeza puede decir: *Yo sé de cierto, es indudable que, si no percibo las consolaciones que en otro tiempo solía recibir, mi Dios y mi dueño a quien amo, es testigo de mi amor, de mis ansias, de mis deseos y de mis aflicciones*. ¡Él puede decirse que es el consuelo que disipa como brillante luz las tinieblas que podían difundir el desconsuelo y desolación!

Concluyo, pues, mis amadas hermanas, con deciros que el alma desolada debe buscar y encontrar precisamente según los principios y verdades de nuestra fe cristiana el remedio y el alivio de su desconsuelo en el mismo amor de Dios, que es Dios de misericordia y Padre de toda consolación.

Porque o tiene que dudarse de la presencia de Dios, lo que sería un error lastimoso, o tiene que consolarse por precisión con que el Señor presencia los desconsuelos que la devoran; por lo que tenemos que venir a parar en una de dos cosas: o el alma desolada buscaba las delicias y consuelos que antes la halagaban o buscaba enteramente a Dios: si lo primero, ya no era puro y desinteresado su amor, ya buscaba otra cosa distinta de Dios, buscaba lo que no era Dios; si solamente buscaba a Dios, no puede decir que le ha faltado por faltarle aquellos regalos.

La fe le enseña que le tiene presente, aunque no le vea, y esta fe es más segura que cuanto pueden ver los ojos y percibir los sentidos. Por esta causa el bendito San Juan de la Cruz procura persuadir que el alma cristiana debe desnudarse de todo lo que en alguna manera sea sensible, para poder entrar en la oscuridad y desnudez, en la íntima unión con Dios.

Esta unión busca el alma que ama a Dios; **el camino es la fe**, luego manteniéndose firme en la fe y siguiéndola, debe encontrar un gran consuelo el alma en medio de su desolación.

Otra verdad y máxima nos enseña esta misma fe cristiana, que hace mucho al caso para lo que voy explicando. Es constante que el alma que está en gracia, está con Dios. Asimismo, lo dice el Apóstol San Juan: "El que permanece en caridad, esto es, en gracia, permanece en Dios y Dios permanece en Él" (es constante que el alma que está en gracia), conforme a lo cual dijo el mismo Jesucristo en su Evangelio: "*Si alguno me ama, vendremos a Él y haremos mansión en Él*".

Y conforme a esto son innumerables los testimonios de la Escritura Santa que nos dice y confirma que las almas que están en gracia, están en Dios; de tal manera que aun en el caso imposible, de que Dios no estuviera en todo lugar, estaría precisamente en el alma del justo por su gracia santísima; de modo que entrar la gracia santificante en el alma, es entrar Dios.

Y es muy particular y diferente estar Dios en una alma que está en gracia, del modo con que está en todo lugar, porque de este modo se halla dando el ser y conservando en su ser todas las cosas, según el orden y jerarquía en que han sido criadas y para los fines que han sido destinadas; pero en las almas que están en gracia, está Dios alumbrándolas, santificándolas, vivificándolas, hermoseándolas, haciéndolas, objeto de su amor y cariño particular; disponiéndolas cada vez más para la herencia debida a los hijos adoptivos de Dios, coherederos con Cristo en el Reino de los Cielos: de modo que por la verdad general que está Dios en todo lugar, está también en las almas de los malos que están en pecado.

Así que es dogma de fe, que Dios está en las almas que están en gracia; de esta verdad se sigue otra con quien está unida esencialmente y que es que Dios se aparta del alma por el pecado: de modo que como no hay cosa que destruya la gracia sino el pecado, sólo éste es, el que, echando fuera la gracia, echa fuera a Dios.

Porque, así como la luz acompaña al Sol y forma el día, así faltando el Sol falta la luz y vienen las tinieblas, que es lo que forma la noche. De la misma manera, Dios es el Sol brillantísimo que produce la gracia, que es la única luz clara

que ilumina las almas, la cual permanece juntamente con Dios que la produce. Mas si sobreviene el pecado despoja al alma de la gracia y dejando ésta de estar en el alma, deja Dios de estar en la forma dicha.

De donde se sigue, que sólo se pierde a Dios por el pecado. Luego el alma que no está en pecado mortal, no puede decir, en buen lenguaje, que ha perdido a Dios.

Establecidos estos principios enteramente católicos y cristianos, entremos ahora, hermanas mías carísimas, a examinar por qué el alma, al carecer de ciertas consolaciones espirituales, se considera en un abismo de desolación y dice que como su corazón no encuentra lo que buscaba, nada la consuela.

Pregunto, ¿qué es lo que ha perdido? Si buscaba a Dios por el ejercicio de la virtud, si tenía a Dios por la gracia; ¿qué es lo que ha perdido? Si se considera en gracia de Dios, si su conciencia no le arguye de estar en pecado mortal; luego si no se halla en pecado mortal, no ha perdido a Dios, luego tiene a Dios juntamente con la gracia; porque el que permanece en caridad, esto es, en gracia, permanece en Dios y Dios permanece en él.

¿Qué pues, se lamenta en su desolación?

El premio, el galardón más noble, más hermoso, más abundante que el alma puede imaginar es Dios mismo, este premio lo posee y lo tiene juntamente con la gracia: ¿qué más puede apetecer un alma? ¿Hay cosa más dulce y sabrosa que Dios? ¿Los regalos espirituales con que el Señor suele a las veces recrear a las almas, no son ni pueden

ser mayores, ni más apetecibles que el mismo Dios que los da? Abramos bien los ojos, mis amadísimas hermanas, descorramos el velo denso de nuestra fantasía para ver y conocer la verdad.

Dios Nuestro Señor es muy superior a las dulzuras mismas, y su principal cariño nos lo manifestó en la Cruz; y sobre todo, sabido es que es mayor, que vale más el dador, que las dádivas que concede.

Con que, tenemos, hermanas mías, que el alma desolada o buscaba sólo a Dios, o buscaba las consolaciones; si buscaba solamente a Dios, debe creer y persuadirse y decir con toda seguridad que no lo ha perdido, que lo tiene consigo; si buscaba las consolaciones, ya su amor a Dios no era puro, total y desinteresado, y por consiguiente no era generoso; y se acordarán, mis amadas hermanas que propuse en un principio que nuestro amor a Dios debía ser generoso: sin embargo, es menester hacer justicia.

Es indudable que el amor de Dios tiene sus aumentos, y cierto género de arrebatos que, sacando al alma fuera de sí con impulsos extraordinarios, la llevan a Dios, o al menos así parece, pero es necesario penetrarse de que el verdadero amor de Dios es insaciable, cuantos más regalos encuentra, tanto más y más apetece; y esta ansia que crece a proporción que se aumenta el amor, hace figurarse al alma desolada, que por carecer de consolaciones espirituales ha venido a perder lo que antes tenía.

Porque si Dios es el verdadero Sol sobre las almas, ¿cómo no alumbra y esclarece en medio de la oscuridad densa, que produce la desolación?

¿Cómo no resplandece como antes resplandecía?

Yo quisiera, hermanas mías, poder penetrar y registrar todos los senos del alma desolada, que no dudo encontraría en él algún rayo de este Sol divino que brilla y alumbra.

Porque si Él es la verdadera Luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, ¿cómo no ha de alumbrar a las almas queridas tuyas, y en las que habita por su gracia?

Pero ya que no puedo registrar los senos del alma desolada, me valdré de una comparación que nos materialice una verdad que tan distante está de mis alcances.

Un enfermo poseído de un accidente apopléjico que no da señales de vida, de que al parecer está privado, él ni ve, ni oye, ni entiende, ni percibe, pero siente, y en el mismo sentimiento que manifiesta da a entender que no está muerto como parecía.

Aquí tenemos, hermanas mías, figurada el alma abismada, y como si dijéramos aletargada, en su desolación y desamparo; no oye voz ninguna interior, ni ve ojo interno que la consuele; no entiende ni percibe lo que antes la consolaba; está como sepultada en una oscuridad indecible; pero pregunto: ¿no siente? Sí, por cierto, y harto manifiesta su sentimiento en lo que se conduele de su desamparo; y este sentimiento que manifiesta, ¿no es una clara señal de que no está enteramente a oscuras? ¿Qué luz le ilumina para que conozca el desamparo mismo de que se lamenta? La oscuridad no puede ser, porque la oscuridad no alumbra; luego, debe de haber algún resto de luz para que vea y

conozca el desconsuelo mismo que experimenta. Luego, la parte intelectual de esta alma, que es con la que conocemos y entendemos, no está tan a oscuras. Luego hay alguna luz.

¿Brilla el sol claro y despejado siempre y por siempre en todos los días del año?

Si estuviera siempre claro y despejado como en el mes de Junio, por ejemplo: ¿Cuándo había de llover? ¿Cuándo había de nevar? ¿Cuándo había de ver la diferencia de temporales que la naturaleza misma requiere para sus producciones? Si siempre hubiera de ser verano, ¿cuándo, ni cómo se habrían de sembrar y crecer los trigos, los frutos que nos regalan y las flores que nos recrean?

Es verdad que cuando el sol está nublado no está claro ni despejado; pero, ¿por ventura estamos a oscuras? No, por cierto: de la misma manera, aunque Dios, por algún tiempo, parezca que se oculta de nosotros, no por eso debemos decir que estamos a oscuras.

El Señor sabe manifestarse de muchas y diversas maneras a las almas queridas suyas; y por mucho que se parezca que se oculta y esconde no abandona, como nos imaginamos, porque escrito está.

No aborreciste ni despreciaste ninguna de las cosas que hiciste. Por otra parte, si la desolación tiene su raíz en el amor de Dios, si a proporción que el amor crece se aumentan los tormentos de la desolación, porque cuanto más se ama más se desea amar y se exige mayor correspondencia, ¿quién mantiene en nosotros, quién

fomenta, quién hace crecer este amor? Claro es que es Dios, porque ni nosotros por nosotros podemos tener este amor de Dios, ni le podemos mantener, ni mucho menos hacer creer, si Dios no lo hace en nosotros.

¿Y diremos que es poco favor y regalo que todo un Dios, cuya Majestad, grandeza y hermosura no podemos comprender, explicar ni alabar dignamente, con tanta bondad para con nosotros que nos da su santo temor para que le amemos, le mantenga y haga crecer en nosotros para que de este modo se aumente en nuestros corazones y con este amor, los títulos de agrado y merecimiento para con el Señor?

¿Cuándo ni cómo podía la criatura elevarse a tanta elevación, como es amar a Dios y unirse con Él por el amor? Luego si se sienten los efectos en la desolación; ¿qué efectos son éstos si se sienten los efectos del amor de Dios que está en nosotros? ¿Y quién nos da este amor?

Nuestro buen Dios, nuestro amantísimo Dios, misericordiosos, bondadosísimo, clementísimo, amabilísimo, ¡cuánta es nuestra dicha y felicidad!

¡Cuánta la dignación de nuestro Dios! ¿Y podremos decir que se ausenta, que nos abandona? ¿Podremos decir que le hemos perdido, cuando no podemos menos de confesar su presencia Íntima en nosotros mediante su santo amor?

"Mi amor es mi gloria", **decía San Bernardo**; *"bien pueden faltarme todas las cosas imaginables, las más grandes, las más dulces, las más consoladoras, con tal que no me falte el amor de Dios, nada me importa; en este amor me*

gloriaré, en este amor se regocijará mi corazón, se ensanchará mi espíritu, se alumbrará mi entendimiento, se esforzará mi voluntad y se recreará mi alma; y puesto que me consta cierto que el Señor ama a los que le aman, como Él mismo nos lo dice, amando yo a Dios, aseguro su amor para conmigo y sé que Él me ama aunque yo no lo merezca; mi amor es mi gloria; sí, Dios mío de mi corazón, mi amor a Vos es toda mi gloria, mi esperanza, mi consuelo, mi alegría y mi todo.

Tu amor vale más que todo, y en tu amor lo poseo todo; tu amor es para mí toda consolación. Vengan sobre mi todas las aflicciones, trabajos y desconsuelos, el amor a mi Dios será toda mi gloria, y aunque parezca que este Señor se esconde, le encontraré infaliblemente en su amor ".

Con estas y otras reflexiones no será difícil que el alma desolada halle algún rayo de luz que alumbre en la obscuridad de su desconsuelo: de este modo en el amor de Dios encuentra precisamente el remedio de su necesidad.

VENGAMOS A LA SEGUNDA CONDICION DEL AMOR

2. Humilde. - en un principio propuse que nuestro amor a Dios, por ser nuestro Señor absoluto, nuestro único mayor bien, debía ser humilde, o lo que es el amor mismo de humildad. Conoceremos casi palpablemente esta verdad, si consideramos el amor entre los hombres y por él sacamos el que debemos a Dios: entre los hombres se reprueban ciertas etiquetas enfadosas, quisquillosas molestas, quejas importunas que hacen el amor fastidioso e inquieto,

desabrido y superficial, y casi se puede decir de mero cumplimiento.

Por el contrario, el verdadero amor que hay entre personas que bien se quieren, es todo sencillo, agrado y benevolencia, y su afecto es afable, sufrido, condescendiente y jamás ambicioso. No sospecha nunca de la verdad, no teme la falta de correspondencia, no se enoja y con todo se contenta, aunque sea una pequeñez.

Lo cual todo si bien se considera, se hallará que quiere decir y se encierra, en que el verdadero amor debe ser humilde: ahora bien, mis amadísimas hermanas, preguntémonos nosotras: ¿El amor que debemos a Dios deberá ser humilde? La distancia tan inmensa que hay de nosotros a Dios, deberá ser la raíz y principio de todas las razones que nos hagan conocer, que si por dignación inexplicable de Dios, llegamos a amarle, y amarle de veras, debe ser nuestro amor nacido y fundado en humildad, rendimiento, sumisión, acatamiento y obediencia. No me parece necesario detenerme en demostrar esta verdad, que por sí misma se está manifestando con toda claridad; pero sí me parece oportuno detenerme alguna cosa para explicar qué clase de humildad debe ser ésta con que amemos a Dios y que verdaderamente y sin fingimiento haga nuestro amor humilde.

Cuando acabo de decir verdaderamente y sin fingimiento, doy a entender que puede haber humildad con fingimiento y humildad verdadera. Efectivamente, es tan grande nuestra debilidad y miseria, para entender, discernir, comprender y practicar, que no pocas veces llega nuestra torpe y limitada razón a confundir lo verdadero con

lo falso, lo aparente con lo real y afectivo, y lo que es un puro fingimiento, con lo que es propio y verdadero. Por esto **el Apóstol San Juan dice**: "Probad los espíritus sin ser de Dios, porque no todo espíritu por bueno que sea, es de Dios, pues también hay espíritu malo que sabe interiormente introducir errores y falsedades bajo capa de virtudes, engañar a las almas, entretenerlas con frivolidades aparentes y conducir las por este medio a un extravío perpetuo y perdición eterna".

La oración es buena, es muy buena, es el sostén y apoyo de todas las virtudes, nadie lo ha negado, ni yo tampoco lo niego; pero para que veamos que aún en ésta puede haber falsedad y error, oigamos al mismo **Jesucristo en su Santo Evangelio**: "No todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los Cielos, sino lo que hicieren la voluntad de mi Padre que está en los Cielos".

¡Qué cosa más sorprendente y que parece arguye invenciblemente una grande santidad y virtud que profetizar, hacer milagros y arrojar los demonios! Pues oigamos al mismo Jesucristo: "Muchos me dirán en aquel día del juicio: Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre? ¿No hemos lanzado demonios y hemos hecho grandes virtudes en tu nombre? Y yo les responderé que nunca los conocí. Apartaos de mí, vosotros quien obráis la maldad".

Si consultamos al **Apóstol San Pablo** sobre esto nos **dirá**, "que hablar lengua de ángeles y de hombres, trasladar con fe los montes de un lugar a otro, entregar el cuerpo a las llamas para que arda, y otras muchas cosas más, todas ellas grandes y admirables, nada son, de nada sirven, sino hay

caridad; esto es, amor de Dios". Y últimamente, por no amontonar testimonios que alargarán la materia demasiado, me contento con este sólo de **San Gregorio**: "El hacer prodigios y señales no es virtud de santidad".

No se puede dar cosa más terminante para probarnos que puede haber, ¡y ojalá no las hubiera! virtudes aparentes, falsas y fingidas. Sin embargo, no es mi objeto manifestar que hay humildad verdadera y humildad fingida, en cuanto a virtud y humildad; sino que puede haber un error o equivocación en la humildad que debe acompañar a nuestro amor para con Dios; para que por aquí conozcamos que nuestro amor al Señor debe ser humilde, verdaderamente sin fingimiento. Cuando vemos una grande elevación, sea de un edificio o de una torre, o de un cerro o cosa semejante, parece tanto mayor cuanto más se va la persona aproximando, y no necesita grande reflexión para persuadirse de que los que miran esta misma altura desde lejos no les parece tan elevada. Así sucede a las almas que aman a Dios: cuanto más le aman, tanto más excelso y admirable se les presenta porque el amor causa aproximación. Por el contrario, los que amamos poco a Dios, nos contentamos con considerarle como la casa más excelsa, más grande y más admirable que puede haber; pero no admiramos tanto como otras almas, porque no le amamos tanto a Él por nuestro amor: en lo cual tenemos que el amor de Dios nos descubre indispensablemente grandezas y más grandezas, que persuaden cada vez más las distancias que hay de Dios a nosotros.

Esta consideración, como si dijéramos vista material, no puede menos de infundir un sentimiento íntimo de humildad y abatimiento en los corazones y abismarlos en

una profundidad inmensa e inexplicable, fundada en el propio conocimiento de nuestra bajeza y la enorme distancia que hay de Dios a nosotros; y de aquí sacar como consecuencia que de ninguna manera somos dignos ni merecedores de amor de Dios, de aproximarnos a Él por nuestro amor y depositar en Él nuestro amor. En llegando el alma a este punto, está expuesta a caer en un error lastimoso y es el siguiente: que el alma dentro de sí, pensando y más pensando, caiga en decir: Luego es imposible cumplir el precepto que nos manda amar a Dios. ¿Quién había de decir que se había de venir a parar en un error tan grande, de un principio tan grande, tan verdadero, cual es la distancia que hay de Dios a nosotros, de la grandeza y majestad de Dios a la bajeza y miseria de la criatura?

Es indudable que la consideración de lo que es Dios, le hace a nuestra vista excelso y admirable; pero también es cierto que nos lo hace sobremanera amable y digno de ser amado; y reunidos en nuestra alma estos dos pensamientos, conocemos que podemos y debemos amar a Dios, pero con humildad y rendimiento.

La cual humildad, al paso que es enteramente necesaria para amar a Dios, puede, de algún modo, entorpecer nuestros pasos; porque penetrada la criatura de su propia bajeza, que es en lo que esencialmente consiste la humildad, puede acobardarse, puede intimidarse, como detenerse en amar a Dios. ¿Cómo una criatura cargada de miserias ha de amar a Dios?

Vamos despacio, hermanas mías: todos somos pecadores, verdad innegable; el mismo San Juan dice: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos

engañaríamos y no hay verdad en nosotros". El Apóstol Santiago dice: "En muchas cosas tropezamos todos, es decir, faltamos a Dios". Escrito está también: "No será justificado el hombre delante de Dios, es decir, que no hay hombre justo si se compara con Dios."

"Siete veces cae el justo", y por este temor, otras muchas expresiones de la divina Escritura. Nos lo confirman además nos y lo muestra la misma experiencia; de modo que podemos y debemos decir con verdad: todos somos pecadores; pero esta expresión es menester entenderla en su verdadero sentido.

La Escritura santa dice: Todo hombre es mendaz (*mentiroso*). Si esta sola expresión se hubiera de entender materialmente, vendríamos a sacar muchos absurdos.

Jesucristo fue hombre, los Apóstoles fueron hombres, los Santos Padres fueron hombres: ¿podremos decir que fueron unos embusteros? ¡Blasfemia horrenda, impiedad sacrílega! Del mismo modo la otra expresión, todo somos pecadores que quiere decir que todos estamos expuestos a faltar, a pecar, que somos pecables; lo que nos enseña que no debemos presumir de nosotros, que no debemos fundar nuestra perseverancia en las propias fuerzas. Porque el mismo San Pablo dice: "El que juzga que está en pie, mire no caiga". En una palabra, que todos estamos expuestos a caer en los mayores errores. Pero esta humildad no debe infundir en nosotros temor espantoso, cobardía, miedo, amedrentamiento; porque estas cualidades podrían retraernos de amar a Dios.

Es verdad que todos somos pecadores, ojalá no lo fuéramos porque así podríamos agradarle en todas las cosas entera y perfectamente; pero sabemos, que si somos pecadores, tenemos por abogado a nuestro Padre Jesucristo; el Justo que es propiciación por nuestros pecados.

Dice el Apóstol San Juan: "Sabemos que el Señor conoce mejor que nosotros el barro miserable de que somos formados; sabemos que Dios es tan misericordioso para con nosotros y que Él mismo, obra en nosotros el querer y el obrar".

Dice el Apóstol San Pablo: "Sabemos que, si nosotros no somos suficientes para tener de nosotros el más mínimo pensamiento bueno, nos viene de Dios toda nuestra suficiencia". El mismo San Pablo dice: " En fe tenemos y podemos tener la satisfacción humilde de que el mismo Señor sabe que sin Él nada podemos hacer ". Animada, pues, el alma con estas consideraciones y sostenida con estas verdades, debe alejar de sí todo temor infundado y creer que no es imposible amarle como le podemos amar, aunque somos imperfectos, llenos de miserias, debemos amar, porque, como dice San Agustín: "No es grave, ni pesado, lo que Dios manda, puesto que Él mismo nos ayuda a hacer lo que manda".

Y para mayor confirmación de esta verdad oigamos al Apóstol San Pablo, que nos consuela y alienta admirablemente en este punto. "No habéis recibido, dice, espíritu de servidumbre para temer, sino que habéis recibido espíritu de adopción de hijos por el que clamamos Abba Pater." ¿Qué mayor consuelo y aliento para nuestras

almas? El espíritu que nos debe animar, no es el que tienen los esclavos que siempre están en continuo sobresalto y temor, oprimidos del miedo que es el único resorte que los mueve, sino que nos debe animar el espíritu de hijos, con el que llamamos, invocamos y gritamos a Dios, con el dulce y poderoso nombre de Padre, no nos debe mover el temor ni contener el miedo, ni detener la cobardía; sino que nos debe animar el amor, alentar la adopción de hijos y conducirnos al deseo de conocer y agradar a Dios que es nuestro Padre.

Si el alma se penetra bien de estas verdades, ¿qué impedimento ni tropiezo puede tener para amar a Dios? ¿Puede Dios hacer ni haber hecho más que darnos un espíritu de hijos para que le amemos como a Padre? Pues éste es cabalmente el amor que Dios nos pide como verdaderos y amantes hijos. Un hijo ama a su padre y le respeta, que es decir le ama con amor respetuoso; pero no con temor, con temblor y con cobardía; porque donde hay verdadero amor, no hay esos temores y sobresaltos. Asimismo, nos dice el Apóstol San Juan terminantemente: "No hay temor en la caridad, esto es, en el amor de Dios, sino que el amor perfecto echa fuera el temor y así el que teme, no es perfecto en el amor de Dios".

"El amor que es propio de esclavos, dice San Agustín, se va disminuyendo, al paso que va creciendo y aumentándose el amor de hijos y cesa del todo el temor cuando el corazón se halla penetrado del amor de Dios". ¿Qué prueba más clara y expresa queremos de esta verdad? ¿Qué quiere decir que el amor perfecto echa fuera y arroja el temor; sino que en el verdadero amor no tienen entrada las timideces y perplejidades que pueda introducir una humildad mal

entendida y peor aplicada? ¿Pensamos que Dios ignora nuestra pobreza y miseria? Y sin embargo sabemos de cierto que Dios quiere que le amemos.

Si a un pobre hombre le llama su Señor, ¿podría tener por excusa este hombre que no tenía vestidos y galas con que presentarse delante de aquel gran Señor? Antes, por el contrario, podría decirse con toda razón: ese Señor bien sabe y ve que no tengo más que pobres vestidos, bien sabe que no tengo más que pobreza, pues si así lo sabe, no le haré injuria en presentarme cual estoy, en corresponderle con mis agradecimientos, ya que otra cosa no puedo y amarle con todo mi corazón, ya que no puedo otra cosa, como era correspondiente a su grandeza.

Así se expresaría este pobre hombre, y así nos enseña a nosotros. A pesar de nuestras cualidades tan poco recomendables a Dios, el Señor se enamoró de nosotros y nos amó con tanto exceso, que dio toda su sangre preciosísima en testimonio de su amor: no ignora nuestra miseria y, sin embargo, quiere que le amemos. ¿Seremos tan necios y tan insensibles que no nos arrojemos confiadamente en su amor? ¿Podrá servirnos de excusa que somos muy pobres, que no tenemos galas preciosas con que presentarnos a recibir los regalos de su amor, que es mucha la distancia que hay del Señor a nosotros y que nuestra alma se acobarda e intimida?

No, hermanas mías; si somos pobres el Señor enriquecerá, si estamos desnudas el Señor nos vestirá, si sucias el Señor nos limpiará, si cobardes el Señor nos alentará, nos animará, sostendrá, y si no tenemos ropas brillantes con que ataviarnos, el Señor abrirá amorosamente sus tesoros

inestimables de misericordia y nos dará vestidos de grandísimo valor y hermosura que nos hagan apreciables y agradables a sus divinos ojos.

¿Qué más podemos apetecer ni desear? ¿Dónde pueden estar los miedos y temores que nos acobarden y retraigan del amor de Dios? Él es nuestro Padre y como tal nos dio espíritu de adopción de hijos con que pudiésemos llamarle Padre; y Él nos mira como a hijos suyos, como hermanos del mismo Jesucristo y herederos del reino de los Cielos.

Véase, pues, con toda claridad cómo el verdadero amor no admite, sino que arroja de sí, el temor y los miedos; que por aquí se puede conocer que, si la humildad que debe acompañar nuestro amor a Dios infunde y produce en nosotros temores y sobresaltos, o no es verdadera humildad o nuestro amor a Dios no es perfecto y verdadero, porque el mismo Apóstol San Juan dice: " El que teme no es perfecto en la caridad". La verdadera humildad produce confianza y la confianza no confunde ni abate, ni acobarda, dice el Apóstol San Pablo. ¿Y por qué? Porque el amor de Dios, prosigue el mismo Apóstol, ha sido difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Luego, donde hay verdadero amor de Dios, hay confianza y no confunde, ni acobarda, ni intimida. Luego, la verdadera humildad no produce temores ni miedos, sino esperanza y amor.

Es necesario entender bien esta doctrina, no sea que bajo la capa de la humildad quiera el espíritu del error introducir errores que sean de mucho perjuicio para nuestras almas. Humildad, sí, hermanas mías, humildad, pero verdadera. Por este principio y doctrina debemos diferenciar la falsa

humildad de la verdadera, que debe ser el fundamento de nuestro amor a Dios; y, según esta misma doctrina, debemos, mis amadas hermanas, examinar el alma que careciendo de ciertas dulzuras y regalos espirituales se aflige en su desconsuelo y se apura en su desolación, para que se verifique que en el amor de Dios debemos buscar y encontrar precisamente el remedio que se apetece; y ésta es la máxima general propuesta en un principio del Apóstol San Pablo, de que para los que aman a Dios, todas las cosas les contribuyen al bien.

La primera idea que ocurre a una persona que por algún motivo no ve ni recibe de la persona a quien ama las acostumbradas demostraciones de cariño que solía recibir, es la de si habrá incurrido en alguna falta que haya desagradado a la persona amada. Esta es una verdad que sin mucha reflexión se experimenta y observa entre personas que se tienen mucho afecto.

De la misma manera cuando un alma se halla tocada y algún tanto penetrada del amor de Dios, que había recibido de este Señor algún consuelo, o como si dijéramos muestras de amor, observa que faltan estas demostraciones; la primera idea y pensamiento que le ocurre es: ¿Si en esto me castigará Su Divina Majestad? ¿Si habré cometido algún pecado que haya enojado a mi Dios? Confieso seguramente que ésta es una reflexión muy propia de un alma cristiana, de un alma amante y de un corazón enamorado, y añadido más, que es una prueba de amor y de cariño, y que nuestra humildad para con Dios exige esa reflexión y otras semejantes. Pero es necesario que a vuelta de esta confesión que yo hago, convengamos en los principios sobre que estriba toda doctrina.

1°. Dios es absoluto dueño y Señor, y como tal tiene un derecho indisputable de que todas sus criaturas le amen y le sirvan.

2°. Que Dios, por su pura misericordia y gracia, nos ama, sin que nosotros le hayamos dado motivo para ello, pues primero nos amó el Señor que nosotros al Señor.

3°. Que si Dios, por su bondad y misericordia, ha usado con nosotros las demostraciones particulares de su amor, ha sido pura gracia, sin que nosotros lo hayamos merecido de justicia.

4°. Que, si en nosotros hay algún amor de Dios, Él nos lo infundió, y si este amor ha crecido y se ha aumentado en nosotros Dios, es quien lo ha aumentado y hecho crecer por su voluntad.

5°. Que si Dios retira o suspende aquellas demostraciones de su amor, no podemos argüirle de obligación para ello.

No perdiendo de vista estos principios, no será difícil vencer los obstáculos, muchas dificultades con que el alma desolada parece que se aprisiona y entorpece, sin poder dar un paso adelante: como antes se le figuraba los consuelos espirituales que la alagaban.

Entonces la confirmaban estos consuelos, la adelantaban y afianzaban en sus buenos propósitos, y aun cuando tuviese algún contratiempo, se recompensaban fácilmente con la repetición de nuevos consuelos.

Pero cuando éstos del todo faltan y tal vez aumentándose, por otro lado, trabajos y tribulaciones, entonces es cuando el alma se apura y comprime, se echa a discurrir, y como si dijéramos, a volar por los espacios imaginarios, buscando y rebuscando faltas que se le figura haber cometido y que hayan motivado la cesación y retiro de aquellos consuelos. El alma así apretada se desasosiega en busca de estas faltas, pasa interiormente ratos y más y ratos en esto, afligiéndose cada vez más y no le ocurre que aquellos ratos amargos que emplea a estas investigaciones, podía emplearlos en actos interiores, fervorosos y amor a Dios. Pero dejando esto aparte, porque nos separaría mucho de mi intento, examinemos el fundamento de las quejas y aflicciones de esta alma.

Ella forma este discurso. Yo amaba a Dios, el Señor se manifestaba agradado de mi amor, con aquellas gracias espirituales con que me regalaba: ahora han cesado éstas, luego algún pecado he cometido yo, porque el Señor se ha desagradado de mí; mala consecuencia y no sé si diga peor discurso.

Si se trata de amor de hombre a hombre, diría que estaba bien formado el discurso; pero es necesario no olvidar que trato del amor de Dios; y así se deben aplicar los cinco principios establecidos.

El discurso debía ser éste: Yo amaba a Dios porque este Señor bondadoso y misericordioso, infundió en mí su amor porque quiso y le conservaba por su pura bondad: fue tan grande esta bondad, que, siendo El Señor absoluto de todo, se dignó recibir con agrado el débil amor de una criatura miserable como soy yo, y quiso por su misma

bondad inmensa, regalarme con demostraciones que yo no merecía.

Este Señor ha tenido por bien suspender estas demostraciones porque así lo ha querido y lo quiere; y como es tan sumamente bueno, que no quiere ni se propone otra cosa más que el amor y bien de mi pobre alma, yo así me alegraré y me regocijaré en esta nueva bondad del Señor para conmigo: me esforzaré todo cuanto pueda en amarle, pues estos mismos esfuerzos míos serán un nuevo testimonio de su bondad y amor para conmigo.

Empapada el alma en estos sentimientos, ¿no deberá encontrar precisamente un principio de alivio y consuelo en la misma desolación que la aflige? ¿Por ventura es Dios una persona igual a nosotros, a quien podemos reconvenir, aunque sea indirectamente, de que no nos manifiesta las demostraciones que antes nos manifestaba? ¿Podremos argüir un derecho de obligación de que deba seguir y continuar con las tales demostraciones porque tales, o tales veces nos haya regalado? ¿Podremos hacerle la forzosa de que por fuerza deben proseguir los tales regalos? ¿Si estos regalos los teníamos por demostraciones de su amor para con nosotros, podremos exigir en justicia que por fuerza debe manifestarnos su amor? ¿Si hubiéramos dado repetidas veces limosna a un pobre, podría éste formar de nuestra beneficencia una ley de derecho que nos obligara siempre a hacerle la misma limosna? ¿Podría éste, podría quejarse de nosotros bajo ningún pretexto, que lejos de mostrarse agradecido nos insultaba con el derecho que quería argüir?

Estas y muchas reflexiones se agolpaban a mi imaginación cuando empecé este escrito, y por eso establecí desde un principio que nuestro amor a Dios debía ser humilde, fundado en humildad y acompañado de respeto. Y esta humildad y respeto parece que falta, si nos damos por sentidos de que nos faltan los consuelos espirituales con que solía otras veces regalarnos. No es Dios como los hombres; y no nos apartemos de este principio.

A los que aman a Dios, todas las cosas les contribuyen al bien, y con esto concluyo. Solamente añadido con San Ambrosio "Si amas al Señor tu Dios, no sólo podrás merecer para ti, sino también para otros".

En estos otros entramos todas nosotras mutuamente como hermanas. Debemos ayudarnos unas a otras, y para este efecto repito unas palabras de San Leandro a su hermana Santa Florentina: "Te ruego, por último, hermana mía muy amada, de que en tus oraciones te acuerdes de mí, y no te olvides de este tu hermano el más joven, esto es, el último de todos; porque estoy seguro que tu oración virginal inclinará a mi favor los oídos de la divina Misericordia".

Así lo espera la última, la más joven, la más atrasada en los caminos de la virtud, que todas vosotras, pero que ansía vuestro bien espiritual.

Vuestra hermana que os ama en los Sagrados Corazones de Jesús, María y José